

Y al bullir encendido de sus músicas leves en las palmas transfiguradas por el húmedo contacto. Las manos, siempre las manos. Tema obsesivo. Pero ¿qué culpa, si encuentro joyas como ésta en un intenso poema de «La ausencia»?:

*¡Cantén estrellas mías, que las manos,  
de resplandores lívidos me duelen!*

*Anochece en los ríos, en la tierra,  
y yo estoy sola en un confín celeste.*

La enorme capacidad femenina para la comprensión, para la compasión, se manifiesta de modo exquisito en esta poesía de los «Besos», con la que cierro un comentario que encontraría siempre grato pretexto para continuar indefinidamente:

*Yo puse un beso lento  
en los labios del agua.*

*Eran fríos y verdes.  
Extrañamente verdes,  
con un sello de luces  
profundas en el fondo.*

*No voraces, no hambrientos,  
claváronse en mi cuerpo.  
Labios impresionantes  
sin risa, sin contorno,  
devolvieron mi beso  
en una clara orilla.*

*Y fué un chasquido triste  
-jugacidad besada  
lo que contó su huella.*

*¡Brotaba sed humana  
de los labios del río!*

